

ALONSO, Cecilio: *Historia de la literatura española. 5. Hacia una literatura nacional 1800-1900*. Barcelona: Crítica, 2010, 839 pp.

No hace mucho E. Inman Fox recordaba algunas de las razones que han decidido que «la historia literaria de España se encuentr[e] en un estado lamentable de confusión»: así, por un lado, la concepción empobrecida de los problemas de la historiografía —de la periodización a la descripción de discursos— y de la noción de cuál ha de ser el mismo objeto histórico; y, por otro, la inercia de servirnos a modo de lecho de Procusto de construcciones historiográficas recibidas y no cuestionadas, asumidas sin más que una expectativa inocente.

La tarea de historiar la literatura española de todo un siglo, del controvertido Diecinueve, y hacerlo con bríos nuevos, sin seguir los caminos trillados sino abriendo otros que iluminan mejor siluetas desvanecidas y tránsitos sin solución de continuidad es hoy, en la encrucijada de un siglo nuevo de un nuevo milenio asaltado por la crisis global, difícilmente asumible en el grado absoluto de completitud y hondura crítica que se reclama para una nueva aportación como la *Historia de la literatura española* dirigida por Mainer. Y, sin embargo, Cecilio Alonso lo logra con éxito.

El tercero en aparecer de una serie de nueve tomos, de la que ya se han publicado ocho, se presenta con tales visos de novedad y despojamiento formulario, tan ajeno a inercias epistemológicas, que no puede sino resultar un raro espécimen historiográfico. Tan renovador y sedicente es su calado. La tarea de presentar y hacer vivo un panorama *estimulante, crítico y no cerrado* —en palabras del director en el Prólogo general— requeriría sin duda muchas vidas, muchos esfuerzos aunados, un acopio taxonómico bien asimilado y contrastado por decantadas metodologías de análisis y enjuiciamiento capaces de desentrañar los vericuetos literarios del Ochocientos. Solo un verdadero sabio, ducho en el manejo de las fuentes originarias, *i. e.* de la prensa primigenia, y sereno cultivador de métodos renovados (apela en su Prólogo general el director a la estética de la recepción, la sociología del campo literario, los polisistemas, los estudios culturales) que exprimen el jugo de las obras literarias, un verdadero historiador que tenga en la cabeza la complejidad de un siglo turbulento como pocos que exige un conocimiento de las raíces dieciochescas en las que se injerta y de las literaturas que emergen en su órbita occidental, solo alguien que sepa ver el bosque entre tantos árboles, y cada árbol que bifurca el sendero, podía asumir este encargo, este reto. Y coronarlo con éxito evidente como lo hace el profesor Cecilio Alonso.

El diseño de este volumen responde a un planteamiento que rompe moldes. No encontraremos las divisiones y subdivisiones consabidas, las categorías reduccionistas que, lejos de problematizar la idea de una supuesta progresión estética, la consagran.

Estamos ante una obra que nos invita a ejercitar una nueva manera de acercarnos a una época no tan distante de la nuestra y que exige un dominio exhaustivo de esas dos mitades en que tradicionalmente se ha segmentado: Romanticismo y Realismo, ámbitos a los que Cecilio Alonso viene dedicando monografías, ediciones y trabajos diversos de honda repercusión desde los años setenta con títulos tan indispensables para el estudioso como *Literatura y poder. España 1834-1868* (1971), *Vida y obra de Manuel Ciges Aparicio* (1984) o *Intelectuales en crisis. Baroja, militante radical* (1985). Con sus monumentales *Índices de Los Lunes de El Imparcial 1874-1933* (2006) mereció el Premio de Bibliografía de la Biblioteca Nacional de España en 2003.

«Los hechos históricos están sujetos a una cronología estricta, los fenómenos imaginativos tienen su propio tiempo», leemos en p. 11, en advertencia pertinente que nos mueve a relativizar muchas periodizaciones aprendidas y a asentir a «la posibilidad de ordenar la exposición del proceso como una *sucesión* y como una *contraposición*, pero también como una *superposición* cuyo ensamblaje estaría encomendado, en este caso, a la persistencia de la óptica costumbrista durante buena parte del siglo. Quizá sea la vitalidad del costumbrismo el rasgo que particulariza el panorama de la literatura decimonónica española porque bajo apariencia de un fenómeno menor, con evidente arraigo en el XVII, no produce polémicas ni resistencias para introducirse y sostenerse en el mercado cultural» (*ibid.*). Su componente nacional fue decisivo. De igual manera, «El aliento romántico es duradero. No se agota en 1844, con el triunfo de la reacción, ni en 1854 con el regreso de Espartero al poder» (p. 12); por su parte, «el origen del realismo literario —como representación sujeta a percepciones presuntamente objetivas, expresión del “buen sentido”, de adaptación a la realidad y a las circunstancias— hay que buscarlo antes de los años sesenta, cuando se incubaron a contrapelo las convicciones democráticas en el tramo final del reinado de Isabel II, aunque ya se hallaba prematuro en las transfiguraciones costumbristas y en la novela social de los cuarenta. El costumbrismo fue el poderoso agente fijador de la ideología nacional más moderada que contribuyó a observar, jerarquizar y sublimar arquetípicamente los componentes sociales» (pp. 13-4). Otro pasaje digno de ser subrayado incide de nuevo en la que considera verdadera argamasa del XIX, «entre 1828 y la Restauración, el costumbrismo fue una corriente autónoma que afectó a los hábitos de lectura y la concepción simbólica de la sociedad española desde la perspectiva centralizadora a la que recurría la burguesía liberal para fijar su conducta, ante la desestabilización de valores sociales y morales producida por la vertiginosa sucesión de lo viejo y lo nuevo. De ahí que la mirada costumbrista pueda ser, alternativamente, alarmada y complaciente ante los cambios acelerados por el liberalismo burgués, entre dejes despóticos y conveniencias democratizadoras» (p. 323).

Hay un principio rector en este volumen que «opta por situar la producción literaria del siglo XIX en un proceso consciente de nacionalización cultural, integrador y monolingüe, de acuerdo con los intereses de un mercado burgués con aspiración universalizadora, cuyas bases habían sido establecidas el siglo anterior» (Preámbulo, p. 4). Tal aserto se complementa con el de que «la evolución literaria del siglo XIX en España se inserta en un proceso democratizador del gusto y del consumo literarios a

través de las estrategias de la producción editorial y la progresiva extensión de la lectura» (p. 5). Historiar la literatura española decimonónica significa aquí aportar innovadores enfoques ampliando el campo de observación a nociones como la de escritor público, industria cultural, pensamiento, artes de impresión, configuración del sistema educativo, bellas artes, intemperie del escritor... tantas veces excluidas.

El tomo se divide en tres grandes secciones. La primera, «Formación del mercado literario nacional», se desglosa en siete apartados, a saber, «Historia, lengua, literatura», «Educación y lectura», «La imprenta y la edición», «La emancipación del escritor», «La expansión de la literatura periodística», «La efímera literatura» y «El centro y la periferia: la nación plural». La segunda parte, más breve y menos pautada, dedicada a abordar la sociedad literaria, plantea una reconstrucción de la red de relaciones que los artistas literarios establecen entre sí mediante calas en sus «Vidas cruzadas: parientes y amigos», los espacios de la sociabilidad literaria, el foro literario de los cafés, las tertulias domésticas, los viajeros por la España romántica, las «impresiones de viaje», la configuración del canon y la imagen del escritor, la estabilización romántica, las semblanzas, los retratos y galerías, las lectoras y escritoras, las primeras promociones literarias femeninas, los avatares de la convivencia literaria, los encuentros y desencuentros, la comunión de las artes, las sublimaciones y anacronismos históricos, y la pintura, la música y la ficción literaria. Cada epígrafe interno es ya de por sí un mojon preñado de ideas que ayudan a categorizar estrategias discursivas y editoriales y dar cuenta de la progresiva autonomía mercantil del editor, de la propiedad intelectual (leyes de 1847 y 1879) y la profesionalización del escritor, la sociedad de autores (1899), la libertad de imprenta y las formas de censura, los contravenenos literarios contra la impiedad democrática y el radicalismo anticlerical. Cecilio Alonso sabe ahondar en los límites de lo literario en la prensa diaria, los suplementos «lunáticos» durante el último cuarto del siglo, la prensa ilustrada desde *El Artista*, los periódicos *pintorescos*, los caminos del realismo entre la maleza costumbrista, la prensa satírica y de ideas, las sublitteraturas, los efímeros estrechos y aleluyas, el teatro fuera de los teatros, la institucionalización de la memoria literaria nacional, las grandes conmemoraciones de la Restauración, la hora de las regiones, en el usufructo nacional de la variedad regional. La tercera sección, la más profusa en número de páginas, centrada en obras y autores del canon que se revisa, lleva por título «El camino literario: recursos de la imaginación nacional» y consta de cinco grandes apartados: «Literatura, patriotismo y revolución liberal», «Primeras razones del Romanticismo en España (1814-1828)», «Romanticismo y *justo medio*», «El medio siglo», a menudo tan desatendido, y «La autonomía del campo literario». Se suministran aquí análisis ponderados, de actualizado método, de obras y autores tales como el *Pelayo*, de Quintana, el *Semanario Patriótico* y *El Español*, de Blanco White, *La viuda de Padilla*, símbolo de la resistencia gaditana, de Martínez de la Rosa, el *Discurso* de Durán, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*, de Espronceda, *El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra, *El moro expósito* y *Don Álvaro o la fuerza del sino*, de Rivas, *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, los poemas mayores de Espronceda, el realismo prematuro de Larra, *María o la hija de un jornalero*, de Ayguals de Izco, los fermentos del costumbrismo en la forma dialéctica de Antonio Flores y en la de verismo aparential

de Fernán, el apogeo del folletín, el lenguaje natural becqueriano y campoamorino, Rosalía... La última parte se centra especialmente en Galdós, Pereda, Alarcón (*El escándalo*), Valera, *La Regenta*, *Fortunata y Jacinta*, Palacio Valdés...

La generosidad de este volumen con el lector interesado se comprueba también en el acopio de ilustraciones que lo acompañan. Los Textos de apoyo que vienen a sustanciar puntos conceptuales o desarrollos analíticos de cada una de las tres secciones responden a una muy selecta y granada búsqueda que evita incurrir en complementos documentales sobradamente conocidos o fácilmente accesibles para abrir también aquí las opciones interpretativas. Los textos adquieren un claro protagonismo, no solo intrínseco, también en cuanto referentes objetivos de unas secuencias que vienen a ratificar las directrices que el ensayo tripartito ha hecho explícitas. Dichas secuencias son: «Años de transición (1801-1828)», con remisiones a la lengua nacional, la memoria de las tertulias madrileñas anteriores a 1808, con textos de Blanco White y Antonio Alcalá Galiano, los versos militantes de Juan Nicasio Gallego y el liberalismo exaltado, la querrela calderoniana en torno a Schlegel con el prontuario de J. Nicolás Böhl de Faber y con las réplicas de José Joaquín de Mora, la *periodicomanía*, el teatro del Siglo de Oro visto por *El Europeo*, la carta de Hermosilla a Moratín sobre la censura calomardina, la emigración de Espronceda. El segundo jalón de los Textos de apoyo es el dedicado a «Romanticismo y eclecticismo (1828-1854)». En él se ofrecen textos de Agustín Durán, de Mesonero sobre el *Parnasillo*, de Martínez Villergas sobre la *pandilla* de Esquivel, de *El moro expósito*, sobre clasiquinos y románticos, de Larra sobre el talento, la despedida de *El Artista*, el prospecto del *Semanario Pintoresco Español* y el de *El Diablo Mundo*, testimonios y semblanzas de Zorrilla, Espronceda y *Tula*, la conexión francesa de la novela social (Ayuals-Sue), la conciencia social en la poesía del medio siglo, una autopsia nacional en 1850, en fin. El tercer capítulo textual se centra en el «Realismo y Naturalismo (1854-1885)», dando una horquilla de años bien concreta y clarificadora. A este rubro se acomoda el corpus de textos sobre poéticas becquerianas, bohemia y literatura vulgar, versos populistas y obreros en el Sexenio democrático (con un interesante acarreo de seguidillas republicanas, documentos que hablan de la superación del nacionalismo por la Internacional, sobre la alegoría teológica de la nación republicana), contra la producción literaria popular se erigen la reacción religiosa, la reacción elitista visible en el dualismo novelesco; se dan impresiones sobre el Ateneo, confidencias epistolares (cruce de cartas entre Valera y Menéndez Pelayo). La tendencia realista en la novela canónica española se ilustra con textos de Galdós sin perder de vista las heterodoxias del naturalismo radical de López Bago. El cuarto grupo de textos de apoyo se ciñe al epígrafe «Hacia el fin de siglo (1886-1900)» y da cuenta de la gente nueva, de la emancipación del escritor (con textos de Clarín), de las poéticas de 1890, vale decir de la poesía trascendente y el arte por el arte, de la defensa de la poesía esencial, de la ruptura, la «Terapéutica estética», las letras y la prensa, de Galdós en la Academia y del fin de la leyenda: la nación anestesiada. Más de cien páginas documentales que son un lujo para una historia de la literatura y dan idea del enfoque múltiple que la preside.

La Bibliografía dispone de treinta páginas para articular, tras una Nota preliminar que la explica, varios conjuntos: Ediciones, testimonios e instrumentos bibliográficos, Autores y Contextos y Panoramas generales. Quedan patentes en ella el periplo historiográfico, las búsquedas, las fuentes, los itinerarios del pensamiento omniabarcador de Cecilio Alonso.

Pocas erratas se deslizan en tan apretado número de páginas pulquérrimas. Citaremos, como muestra de su lenidad, las de las pp. 5, 18, 75, 162, 223, 247, 298, 315, 339, 345, 421, 428, 429, 443, 453, 476, 533, 535, 551, 571, 576, 601, 723, 735, 746, 759, 771, 832 y 834. De gran operatividad es el Índice onomástico que permite localizar títulos y nombres con agilidad favoreciendo consultas y pesquisas puntuales. Pero la mejor manera de comprender el mérito singular, extraordinario, de este libro es recorrerlo en su orden, llevados del empuje de un tiempo que se agita y se remansa sin cesar, de esa manera de nombrar y designar que los epígrafes brindan con ánimo expositivo, sí, pero también aventurero, en la medida en que las etapas del viajero van sumando caminos, conformando sin aridez erudita, antes bien, con decantada capacidad de síntesis y condensación, un trazado cuyas coordenadas no pierde de vista sin detrimento de su disfrute.

Pocas veces resulta tan grata, tan placentera, la lectura. Tan aquilatada es la temperada manera historiográfica de Cecilio Alonso, tan pródiga en ideas su escritura, su brillo ensayístico tan tamizado por el sentido de la organización del conjunto que estamos seguros de que este volumen renovador de los cauces de la historia literaria española insuflará un nuevo soplo de vitalidad a una disciplina en exceso enraizada en moldes caducos que un cierto psitacismo académico ha convertido en pasos inexorables de un camino angosto. Felizmente, la ruta que abre Cecilio Alonso invita a exploraciones sin fin, liberada la impedimenta, y ensancha los cruces y las vías.

Cristina PATIÑO EIRÍN